

mento, perdió el habla, y ya prisionero de los moros, sucumbió por la noche.

Los moros siguieron el alcance de los castellanos hasta la noche, hiriendo, matando y cautivando.

Por la mañana, el real de los vencidos les ofreció inmensas riquezas, porque al apellido del infante don Pedro se le había allegado la flor de la nobleza de Andalucía.

Tal fué la funesta, la terrible batalla de los infantes, que si bien libró á la humanidad de un mónstruo como el infante don Juan, mató á un jóven caudillo que daba esperanzas de ser una de las mas altas glorias guerreras de la patria.

La reina doña María había perdido un grande apoyo, un apoyo tal vez decisivo, en su hijo el infante don Pedro, y un gran mantenedor el niño rey don Alfonso el Onceno.

Granada celebró con grandes fiestas la victoria.

Castilla la lloró y se vistió de luto por ella.

Era el último dolor que la causaba el funesto infante don Juan, que no parecia sino que había nacido para hacer daño.

La muerte de los dos infantes empeoró de una manera gravísima los asuntos de Castilla.

Las córtes de Burgos habían determinado, como sabemos, que si uno de los tutores muriese, acreciese la tutela en los otros.

A consecuencia, y con arreglo á lo decretado por las córtes, la reina doña María tenia sola la tutela del rey y el gobierno del reino.

Esto no impidió que todas las ambiciones se despertasen y se pusiesen en lucha.

El infante don Juan Manuel, en cuanto supo la derrota y la muerte de los dos infantes, pretendió la tutela sin esperar la

reunion de córtes, y aun sin consultar con la reina doña María.

Asímismo la pretendió el infante don Juan el Tuerto, señor de Vizcaya, hijo del difunto infante don Juan.

Las pretensiones del primero obtuvieron un resultado satisfactorio, pues apenas celebradas las exéquias por los dos infantes, le dieron la tutela el obispado de Cuenca, los concejos de Madrid, Cuellar y Sepúlveda.

Animado con esto don Juan, pidió á la reina por merced le concediese asociarse con ella para la tutela del rey, alegando los títulos que para ello tenia sobre todos los otros que pudieran pretenderla.

La reina le contestó, que si todos los de la tierra reunidos en córtes le otorgaban la tutela, á ella le placiera.

Irritóse con esta respuesta el infante don Juan Manuel, y salió de Valladolid dispuesto á agitar y á obtener por la fuerza lo que no se le concedía de buen grado.

Confiaba completamente la reina en la lealtad hácia ella de la ciudad de Avila, á cuyo obispo había dado la notaría mayor de Castilla y otras muchas mercedes, teniendo en cuenta que el obispo mandaba en la ciudad de Avila, porque la catedral era una fortaleza de primer orden para aquellos tiempos, por sus grandes defensas, hasta el punto de que se la tenia por inexpugnable.

Bien abastecida siempre, en disposicion de sufrir un cerco de muchos meses, resistentes de todo punto al ariete sus espesas murallas, y bien guarnecida por gente brava, el obispo, dueño de la catedral, era por lo mismo dueño de Avila.

Uníase á esto, para inspirar confianza á la reina, lo antiguo y nobilísimo de la ciudad y la estension de su comarca, que la

hacia rica y próspera y la daba tal importancia, que perdida Avila, se perdía una grande estension de territorio.

De aquí que don Juan Manuel tuviese un gran empeño en apoderarse de Avila, y no menos empeño la reina en conservarla á su servicio.

El infante procuró apoderarse por sorpresa de la ciudad, prevaleándose de la circunstancia de ser vasallo suyo el alcaide del alcázar, que lo tenía por el rey.

Escribió la reina al obispo avisándole de los intentos del infante don Juan Manuel, y el obispo contestó que defendería á todo trance la ciudad, atendiendo al pacto que esta había hecho con los tutores del rey, á los cuales representaba ya únicamente la reina, con arreglo á lo determinado por las córtes de Burgos; pero que para mayor seguridad le enviase un rico hombre de su confianza con la gente que creyese necesaria.

La reina envió al infante don Felipe con un respetable número de gente de á pié y de á caballo; pero de tal manera se compuso el infante don Juan Manuel, que torciendo en su lealtad al obispo, y antes de que pudiese llegar el infante don Felipe, el obispo y el alcaide del alcázar le entregaron la ciudad, y esta le nombró tutor del rey.

Al día siguiente se presentó ante los muros de Avila el infante don Felipe con una hueste numerosa, pero no tanto que aventajase á la de don Juan Manuel.

Desafióle, sin embargo, para que bajase á combatir al llano, pero don Juan Manuel no aceptó, y el infante don Felipe se retiró, talando la tierra, incendiando los caseríos, y haciendo daño en los lugares pequeños del territorio avilés, como en venganza de la defeccion de Avila, á vista y paciencia del infante don Juan Manuel, que ni aun intentó impedirlo.

Viendo don Juan el Tuerto, hijo del infante don Juan, lo desavenido que andaba el infante don Juan Manuel con la reina doña María, y ansiando tambien el cargo de tutor del rey, hizo tales protestas y ofrecimientos á la reina, prometiéndola ayudarla con todo el poder de su señorío de Vizcaya, que hubiesen debido apreciarse á ser desinteresados; porque estos ofrecimientos iban unidos á la condicion de que se le nombrase tutor del rey, y á mas de esto se le diese el mayordomazgo y las merindades de Castilla, Leon y Galicia.

Escusóse con su acostumbrada habilidad la reina doña María del compromiso, por lo cual, irritado tambien don Juan el Tuerto, apeló al medio tan admitido entonces de tomar por fuerza lo que de grado no se obtenía.

Prolijo sería seguir paso á paso las ruindades y las malas artes de que se valió el infante don Juan Manuel, ni los latrocinios, los asesinatos y los destrozos con que manchó su nombre,

haciéndose célebre en la historia, por lo infame, el infante don Juan el Tuerto.

Todo era desórden, caos, destruccion, matanza, miseria.

Habian sucumbido los principales actores de aquella dramática regencia, y las partes secundarias que tendian á elevarse, eran infinitamente mas funestas para los reinos de Alfonso el Onceno, que lo habian sido los otros grandes señores difuntos.

La reina doña María no podia dominar aquello; por todas partes se levantaba la ambicion sórdida y malvada, y los rebeldes no eran ya políticos ambiciosos y sin corazon solamente, sino verdaderos bandidos.

Este período de nuestra historia es el mas sombrío, el mas lúgubre, el mas miserable de cuantos registran nuestros anales, y es verdaderamente maravilloso y providencial que no se hundiera bajo tanto desórden, tanto crimen, tantas miserias, la monarquía castellana, disolviéndose al influjo de la terrible enfermedad que la aquejaba.

Ya nadie se valia de pretextos, nadie procuraba cubrir con palabras vanas lo odioso de su conducta, se obraba con una franqueza espantosa; la fuerza, y no mas que la fuerza, era la razon de todo, y la rapiña y la matanza el objeto.

Se habian perdido cuantas nobles creencias puede alentar el corazon humano.

No quedaba mas que el egoismo brutal.

Las ciudades, villas y lugares, pervertidas, corrompidas por el ejemplo de los grandes señores, dejaban ver cada dia una rebellion, un trastorno en que se invertia todo, en que se escarnecian las leyes y los mas sagrados derechos.

El mónstruo de la anarquía devoraba aquellos pobres reinos, de años atrás tan trabajados.

No era esto solo: los ricos hombres y los mesnaderos, todo el que podia reunir una banda mayor ó menor, sobrepuestos á todo, no se reducian ya á acometer villas y lugares indefensos, so pretesto de la tutela, sino que como verdaderos malhechores, acometian á los viandantes por los caminos, los robaban y los mataban.

Por último, los infantes don Juan Manuel, don Felipe y don Juan el Tuerto, fueron nombrados tutores del rey por muchos concejos, comprados los unos, aterrados los otros, sucediéndose rápidamente los tutores y no habiendo nada estable, nada de que pudiera resultar un órden de cosas medianamente conveniente.

Para nadie existian garantías.

La vida, el honor y la hacienda de los ciudadanos, estaban á merced del mas fuerte.

En vano los amigos de la reina, los que siempre la habian sido leales, probaron á sostenerla.

Se encontraron sin fuerza, envueltos en el torbellino de la general anarquía.

Aquello se deshacia por todas partes, y en el movedizo terreno de las traiciones no habia medio de afirmar el pié.

La nacion, pues, se encontraba impotente.

Devoraba una anarquía terrible á Córdoba: Segovia se entregaba á insoportables excesos; no habia una sola ciudad importante á la que no dominase mas ó menos el desórden; todos querian ser, y no pudiendo ser todos á la vez, se devoraban como lobos rabiosos.

¿Qué remedio quedaba, pues, á la nacion? Solo las córtes, aquellas córtes que tantas veces habian salvado al rey y al reino.

Desesperada la reina doña María, convocó córtes del reino en Palencia, pero antes de que pudieran reunirse, aquella noble mártir, aquella heroína, aquella perínclita matrona, enferma, débil, devorada por tantos dolores como habia apurado, murió,

llevando consigo á la tumba todo lo que quedaba de digno, de noble, de grande, en Castilla.

Dios no habia querido librarla de la consumacion de su largo é insoportable martirio.

No es nuestro ánimo continuar en la historia de aquellas turbulencias; nosotros acabamos con la reina doña María.

¿Y qué hemos de decir en su elogio, que ya no hayamos dicho al reseñar fielmente la historia de sus dos regencias?

El corazon se comprime y los ojos se llenan de lágrimas cuando se recuerdan las desventuras de aquella noble señora.

Luchó con Sancho IV, su marido, enfrenando la violencia de su carácter.

Salvó la corona de Fernando el IV, apurando la ingratitude, el desamor y las rebeldías de su hijo.

Pretendió alzar en sus ya débiles brazos á su nieto Alfonso el Onceno.

Desfalleció, se sintió débil, y murió de dolor.

Dios la premió sin duda, y la historia la hizo justicia llamándola la grande y la madre de la patria.

La Iglesia.....

Nosotros veríamos con una alegría impondérable, si fuera posible, entre los santos, á la ilustre mártir, á la noble reina,

á la buena madre, á la madre de la patria, á la grande doña María Alfonso de Molina.

Dios permite en sus altos juicios que los pueblos se corrompan, se degraden, se disuelvan, y maten todo lo noble, todo lo grande, todo lo heróico; que por permission de la Providencia luchen siempre, aunque impotentes, contra las grandes corrupciones sociales; Dios castiga á los pueblos que contra él se rebelan, los hunde en la abyeccion, en el hambre, en la miseria, en la muerte, y corona á los mártires.

Dios ha hecho que la humanidad no pueda existir sin los acerbos dolores de una enfermedad horrible, sino cuando la humanidad marcha por el camino de la justicia, de la creencia y de la razon.

Renegar de lo noble, de lo sublime, de lo santo, posponerlo todo á la avaricia y á la soberbia, dar rienda suelta al ódio, anegarse en el cieno inmundo de las materialidades, es ir en busca de la disolucion, del horror, de la infamia y de la muerte.

Pero como la humanidad no puede morir hasta que Dios en su alta voluntad la llame á juicio, su poderosa mano, cuando la humanidad se corrompe, se embrutece y se pierde, la purifica por medio del hierro y del fuego.

Seguid, seguid paso á paso la historia de nuestra patria, y vereis de cuán terrible manera la purificó Dios hasta hacerla próspera, grande, respetada y gloriosa bajo el reinado de los inolvidables, de los preclaros, de los simpar Reyes Católicos.

Poco nos resta que decir, Zayda Fatima entró en el cláustro de Santa María la Real de las Huelgas de Valladolid el mismo día en que murió la reina.

Habia acompañado durante los años mas azarosos de su vida á la ilustre doña María, y quiso acabar su vida allá donde la reina habia sido enterrada.

Inútil es decir que habiendo entrado en las Huelgas de Valladolid Zayda Fatima, no como abadesa, sino como simple religiosa, el leal Zancudo no debia estar muy lejos.

En efecto, por recomendacion de su señora y por la de su propio valor, el infanzon señor de Carcavilla de las Batuecas obtuvo el cargo de alcaide de la abadía de Santa María la Real, seguido, á mas que de su mujer, que se habia dejado de pajes, la noble señora doña María de la Cinta y de sus hijos, de Diego de Moron el Zurdo y de Jusepillo.

Entre todas estas personas habia una especie de solucion de continuidad.

Durante algun tiempo despues de la muerte de la reina doña María, se veia todas las mañanas, arrodillado junto al cenotafio de la reina, un monje benedictino.

Un dia cuando se iba á cerrar la iglesia, el sacristan se acercó al monje que aparecia apoyado en el sepulcro de la reina, pero apenas le hubo tocado, el monje cayó en tierra.

Estaba muerto.

Llamó el sacristan, acudieron los servidores de la abadía, entre ellos Zancudo y el Zurdo, y vieron que el difunto era un anciano de semblante noble, de larga barba blanca, y que tenia mutilado el brazo derecho.

—¡El caballero Sin nombre! exclamó Zancudo.

Y fué al locutorio á dar la noticia á sor doña María de Granada, esto es, Zayda Fatima.

El monje fué enterrado en la misma iglesia, al pié del sepulcro de doña María de Molina.

En la lápida que le cubria solo se puso una cruz.

Nadie supo jamás que allí estaba enterrado el poderoso señor de Vizcaya don Lope Diaz de Haro.

FIN.